

ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

DESTINO

STINGER
EL ESPECTRO MARINO

STINGER,
EL ESPECTRO MARINO



ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

Un agradecimiento especial a Michel Ford

Para Bodhi Churchill



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Stinger. The sea phantom.*

© del texto: Beast Quest Limited 2013

© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013

© de la traducción: Teresa Muñoz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19246-6

Depósito legal: B.13.890-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

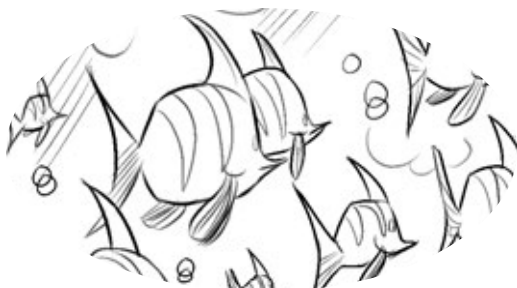
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

EL ARCOÍRIS MORTAL



Max juguetó con su ordenador de pulsera mientras esperaba a que Lia llegara. Con unos pocos retoques sería capaz de usarlo como control remoto de su buggy acuático.

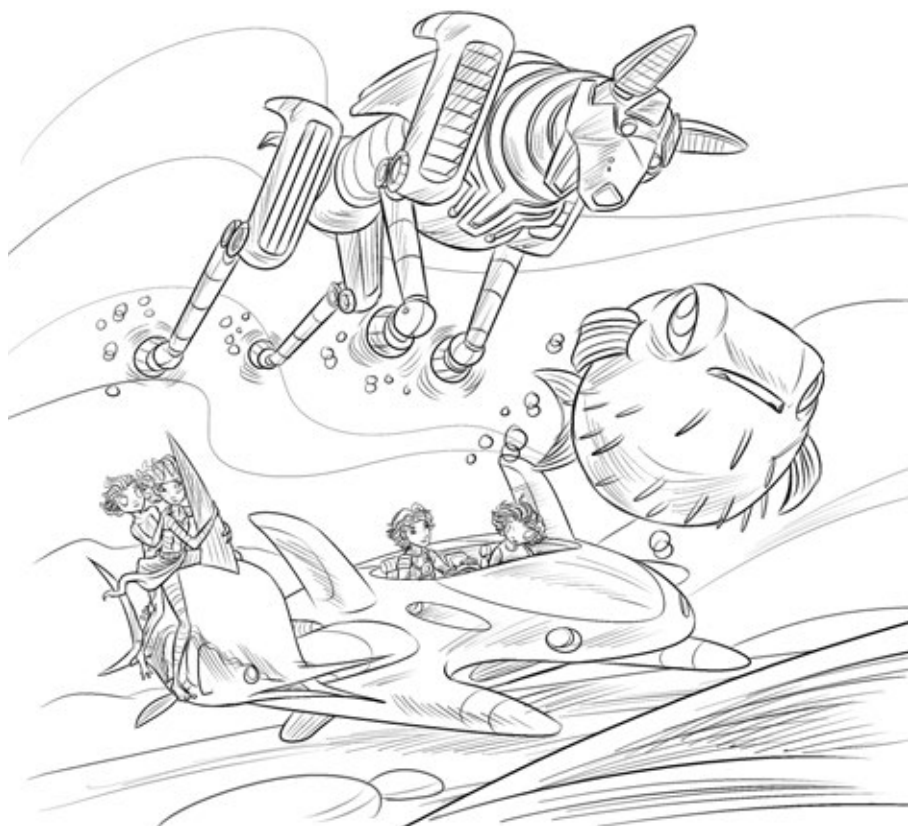
Spike pasó como un rayo y dejó un rastro de burbujas. Lia iba encorvada sobre el lomo del pez espada.

—¡Espérame! —le gritó Max.

Dejó de hacer lo que hacía con el ordena-

AQUAFIERAS

dor y presionó el pedal del acelerador con el pie. El buggy acuático se zambulló en la estela que dejaba *Spike*. Su perrobot, *Rivet*, se sumergió en el agua a su lado, con los propulsores de las patas zumbando con furia. Las corrientes oceánicas se arremolinaron en el



pelo de Max y alrededor de su cuerpo. «Este buggy es realmente rápido», pensó.

Spike bajó el hocico en forma de espada y escarbó en el fondo marino hasta que de repente se detuvo al encontrar lo que parecía una roca flotante. Max frenó al lado de Lia y del pez espada. No, no era una roca; era un pez globo de piel gris y moteada, que se marchó sin rumbo aparente hinchándose como un globo de verdad.

—¡Pelota, Max! —ladró *Rivet*—. ¡Perseguir!

El perrobot corrió a atraparlo. Al momento, el pez globo soltó todo el aire y salió disparado.

—Pelota desaparecida —ladró *Rivet* con la cola entre las piernas.

Lia sacudió la cabeza.

—Tú y tu perrobot todavía estáis en periodo de adaptación al mundo submarino, ¿no? —preguntó.

Max le sonrió.

Los llamamos peces esfera, dijo una voz en su cabeza.

Max casi se había olvidado de que Ko estaba con ellos, sentado detrás de Lia con los brazos alrededor de su cintura. El contorno del fantasma marino brillaba, y su cuerpo era casi tan transparente como una pompa de jabón. Solo sus brillantes ojos verdes eran claramente visibles.

—Por favor, Ko —le pidió Max—. Evita la telepatía.

Lo siento, respondió Ko. Y luego añadió en voz alta:

—Quiero decir, lo siento.

Era el fantasma marino quien los había dejado allá, en esa inmensa cueva submarina bajo el fondo oceánico: la Cueva de los Fantasmas. Era un mundo que ni siquiera la amiga merryn de Max, Lia, había visitado antes.

Su ciudad, Sumara, se alzaba directamente sobre ese misterioso lugar.

Lia, Ko y Max eran todos de distintas especies, pero compartían a un mismo enemigo: el tío de Max, el Profesor, que no contento con intentar controlar los océanos de más arriba, quería también destruir la Cueva de los Fantasmas. Max ya había derrotado a una de las aquafieras mortíferas del Profesor: Shredder, una araña gigante de metal que casi lo había matado con sus patas rematadas por afiladas cuchillas. Max no se atrevía ni a pensar qué sería lo próximo a lo que se tendrían que enfrentar. Si el Profesor conseguía hacer desaparecer este mundo, Sumara, que se levantaba justo encima, también sería destruida.

Un gemido hizo que Max se volviera. En el otro asiento del buggy, estaba la pobre madre de Ko, Allis. Como el de su hijo, su cuerpo era blando y transparente; era difícil adivi-

nar dónde terminaban sus extremidades y empezaba el mar. Pero mientras que los ojos de su hijo brillaban radiantes, los de ella se habían reducido a un verde apagado. El Profesor la tuvo encerrada en una prisión flotante y había caído enferma.

Ko se deslizó por el lomo de *Spike* y nadó al lado de su madre con su extraño ritmo sinuoso.

—Enfermedad madre peor —dijo acariciándole la cabeza—. Tenemos que ir a ciudad rápido. Nuestros curanderos ayudar a ella.

—Claro —dijo Max—. Vamos.

Ko se montó de nuevo sobre *Spike*, y Lia guio a su pez espada hacia aguas abiertas. Max pisó el acelerador del buggy tras ella. Se moría por echarle una carrera a *Spike*, pero no estaba seguro de si Allis podría soportar un recorrido lleno de baches.

Mientras avanzaban sobre el fondo marino, Max sintió un dolor en el corazón. Por lo menos Ko había recuperado a su madre. Max no había visto a la suya desde el día en que ella partió hacia un viaje de descubrimiento en su submarino, el *Delfín Saltarín*. Su copiloto ese día había sido su hermano, el tío de Max. Pero él se le puso en contra. En lugar de usar sus descubrimientos para hacer el bien, quiso apoderarse de la riqueza y dominar los mundos submarinos. Ahora el Profesor afirmaba saber dónde estaba su madre. Quizá era mentira, pero él tenía que seguir buscándola hasta descubrir la verdad.

Noto que estás afligido, dijo una débil voz femenina en su cabeza.

Max se volvió hacia Allis. Unos mechones de su pálido pelo azul se ondulaban delante de su cara, y una sonrisa débil se le dibujó en los labios.

—Estoy bien —dijo. No fue capaz de recriminarle que se metiera en su cabeza de esa manera—. ¿Cómo estás tú?

Hambrienta, dijo Allis.

Max aceleró un poco hasta situarse más cerca de los demás.

—Tenemos que parar y comer —les gritó a sus amigos.

Lia asintió.

Se detuvieron en el borde de un campo en el fondo marino, y Lia sacó un par de tortitas de algas de su saco. Le ofreció una a Max.

«Algas rojas —pensó—. ¡Mis favoritas!»

La primera vez que había probado la comida merryn quiso escupirla al momento, pero ya no. Era como si se estuviera convirtiendo poco a poco en uno de ellos. Parte de él, sin embargo, la parte más humana, todavía se moría por la deliciosa comida de su ciudad, Aquora, situada por encima de las olas:

pasteles de carne, fruta madura, caramelos salados...

Se preguntaba a cada momento qué estaría haciendo su padre. Sus obligaciones como Ingeniero Jefe debían de mantenerlo ocupado, por supuesto, pero ¿pensaría en él? ¿o en su madre?

Lia le ofreció una tortita a Ko, pero el fantasma marino levantó la mano rechazándola.

—¿Qué come tu gente, entonces? —le preguntó ella. Ko inclinó la cabeza.

—Peces, por supuesto.

Con un hábil giro, salió nadando tan rápido como una veloz anguila. Su cuerpo se metió por un hueco entre dos rocas.

—Pensaba que la gente que vivía bajo el mar no tocaba los peces —le dijo Max a Lia—. ¿Qué me dices sobre las tres reglas del mar? No hacer daño a otras criaturas...

—Esa es la ley de los merryn —respondió Lia frunciendo el ceño—. Los fantasmas son diferentes.

No pasó mucho rato hasta que Ko regresó con un pez plateado colgando de la boca. Le sostuvo la cabeza a su madre y le dio de comer.

Rivet le dio unos golpecitos a Max con el hocico. Le brillaban los ojos.

—¿*Rivet* pescar también? —ladró.

—¡Ni hablar! —protestó Lia cruzando los brazos.

—Lo siento, *Rivet* —dijo Max acariciándole la cabeza. Se concentró en su tortita de algas sentado a horcajadas en el asiento de su buggy rodeado de cerca por los demás. Todos se estaban comportando con amabilidad, pero Max sabía que Lia todavía no confiaba en los fantasmas marinos. Después de todo, Ko ya los había traicionado una vez.



Tenía una buena razón, con su madre cautiva, pero aun así...

Rivet empezó a ladrar con los ojos encendidos.

—Eh —lo hizo callar Max—. Lia ya te lo ha dicho..., nada de pescar...

—No, Max... —ladró *Rivet*—. Ruido.

Entonces él también lo oyó. Un zumbido atravesaba el agua como un enjambre de abejas aproximándose. Miró a su alrededor y el sonido se hizo más fuerte. Entonces, a su izquierda, vio un banco de cientos de diminutos peces blancos que nadaban hacia ellos, como una tormenta de nieve que avanzaba por el agua. En un abrir y cerrar de ojos, el banco cambió de dirección, y los peces se volvieron rojos, luego morados, luego azules.

—¡Son preciosos! —exclamó Lia.

El banco los envolvió en una nube de colores deslumbrantes. La cabeza de *Rivet* iba de adelante atrás intentando seguir sus movimientos. Max extendió la mano y observó que el banco se dispersaba alrededor de ella, como para evitar que los tocara.

—Los llamamos arcoíris mortal —dijo Ko.

—¡Au! —exclamó Max cuando le pasó la corriente por la muñeca—. ¡Son eléctricos!

Rivet gimió y se acurrucó más cerca de él.

—Si uno pasa corriente no daño —explicó el chico fantasma—, pero muchos es muerte. Arcoíris mortal, amigo..., mayoría de las veces.

—¿La mayoría de las veces? —preguntó Lia angustiada. Max nunca la había visto tan nerviosa... Los merryn se enorgullecían de saberlo todo sobre el mundo submarino.

Ko puso su mano suavemente en el banco.

Normalmente solo atacan cuando sienten amenaza —dijo en el interior de su mente—. *Los fantasmas marinos decimos ellos pueden ver un buen corazón.*

Los peces arcoíris los dejaron, zumbando y crepitando.

Max se los quedó mirando con la boca abierta. Se preguntó si su madre habría pasado alguna vez entre los peces del arcoíris mortal... No había nada que le gustara más que estudiar nuevas especies. Y no le habrían hecho daño. ¿O sí?

—Sigámoslos —dijo.

—Tenemos que llevar a Allis a la ciudad de los fantasmas marinos —le recordó Lia.

—Solo serán unos minutos —repuso Max—. Y ya has oído lo que Ko ha dicho: no son peligrosos.

Estaré bien, dijo la madre de Ko.

Lia no parecía muy convencida.

—Vamos —insistió Max—. Necesitamos un poco de diversión después de haber luchado contra Shredder. ¡No me digas que no estás ni siquiera un poquito emocionada!

—Vale, de acuerdo —asintió Lia a regañadientes, volviéndose a montar en *Spike*.

Max agarró a *Rivet* por el collar y el perro-
bot ladró emocionado.

—¡Sigue al arcoíris mortal! —gritó Max.

Los propulsores de las patas de *Rivet* rugie-
ron y salió disparado tras el banco, llevándo-
se a Max consigo.

Ve con cuidado..., lo asaltó la voz de Ko.